



## Conciencia irreversible

Comprendo, de repente, que estoy de nuevo en casa. Que estoy allí donde he de estar. En el fondo irreparable de un poema de Antonio Gamoneda. Allí donde se vive y se muere de verdad. Mas allá de la vida y de la muerte de verdad. Allí donde pasa todo otra vez, al fin. Allí donde nos dice el hombre de nuevo. Donde nos duele el hombre, el mundo, de nuevo. Más allá de toda posible hermenéutica o taxonomía. Allí donde la poesía o es abismal o no es nada. Sin salvación alguna. En el hombre. Cuando un poema vuelve a convertirse en “el poema”. Allí donde el poema rebasa al hombre, donde el hombre rebasa al poema, sin saber por qué.

Allí donde la palabra de Gamoneda se dirige, en secreto, a cada uno de nosotros, como un susurro, en silencio. Allí donde respira. Y es en lugar de estar. Ejercicio del ser. Más allá del más allá. Tragedia de comprender. Conciencia irreversible. Más allá de toda estrategia de vivir, de toda utilidad. De toda perdición. Allí donde la poesía irreparable. Allí donde la tragedia es hermandad, rebasa a la bóveda celeste. Allí donde la poesía y la vida y la muerte se abrazan, de repente, sin saber por qué, en un solo cuerpo, son el prodigio de lo real, ya que no el milagro imposible. Son el soberano abrazo, aquel que no nos hace libres, aquel que nos pertenece, porque nadie puede darlo en lugar de nosotros. Allí donde la vida es pura aventura que nos sobrevuela, y no la obediencia a un reglamento. A una ley. Allí donde lo mayor y no lo menor. Más allá del error de la materia. Más allá de la complejidad de lo sencillamente injusto. Más allá de la jerarquía inventada. Diálogo del dolor perfeccionado. Con la precisión que ha de ser dicho el misterio. Donde la poesía va más allá de sus palabras. Donde la vida rebasa a la vida.

Allí donde el horror y la belleza del mundo. Allí donde nada es negociable.

Allí donde Antonio Gamoneda rebasa, por fortuna, todos los estadios, todos los estudios que hagamos sobre su poética líquida. Cuando su respiración no es sino ahogo, su ahogo no es sino respiración cada mañana. Viento interior innegociable.

Cuando cada vuelo es caída, cada caída es vuelo. Abrazadas al fin idea y sensación en un solo cuerpo.

Allí donde Antonio Gamoneda, cuando la indignación no basta, cuando la vida no basta, nos dice palabras como estas para todas las mañanas del mundo:

*“Queda un placer: ardemos en palabras incomprensibles”. / “Hallé mercurio en las pupilas, lágrimas en las maderas, luz en la pared de los agonizantes”. / “Cierro los ojos, y arden los límites”. / “Estaba ciego en la lucidez pero tú has hecho girar la locura. Todo es visión, todo está libre de sentido”. / “Así fue nuestra edad: atravesábamos las creencias”. / “Todo se explica en la imposibilidad. Vamos de lo visible a lo invisible. / En este error descansa nuestro corazón. La mirada de mi vejez viene / de países a los que no iré nunca”, / “Así enloquezco en la verdad”. / “Y, sin embargo, sé que algo más grande y más real que yo hay en mí”. / “Fruto de desaparición. Arde su exceso de realidad entre tus manos” / “Y sabes que es real lo que no existe”.*

Laten libres, han latido libres estas palabras para siempre, Antonio, en tus manos, como el dolor del hombre es el primer dolor del mundo, el último dolor del mundo.

No puede cesar la mañana en tus manos, aunque lo intentes. Sabes que detesto la salvación, la esperanza. Las palabras con que nos engañan. Pero sabes que cuando la atadura entre los seres rebasa a la mañana, esa mañana que nos ciega, que nos miente con su luz, que nos maquilla el cielo, que nos roba las estrellas, es una atadura fuera del alcance de la bóveda celeste, más allá de la vida o de la muerte individual.

En el nombre de la aventura improbable, en el nombre del dolor perfeccionado, ardido. Al pie de los caballos del poema, allí donde nos lleve.

Allí donde el poema de Antonio Gamoneda salva al aire, pues le condena a una aventura superior. Sin salvación alguna.

Allí donde el enemigo no alcanza al último recodo del poema. Nadie sabe por qué.

Allí donde, al írsenos Blas de Otero, esperé tiempo hasta que alguien recogiera su testigo. Y apareció una noche Antonio Gamoneda, en la oscuridad, y recogió su testigo en silencio. Como un suspiro.

